**La cigarra y a hormiga**

**Felix Samaniego**

**Cantando la Cigarra   
pasó el verano entero,   
sin hacer provisiones   
allá para el invierno;   
los fríos la obligaron   
a guardar el silencio   
y a acogerse al abrigo   
de su estrecho aposento.**

**Viose desproveída   
del precioso sustento:   
sin mosca, sin gusano,   
sin trigo, sin centeno.   
Habitaba la Hormiga   
allí tabique en medio,   
y con mil expresiones   
de atención y respeto   
la dijo: «Doña Hormiga,   
pues que en vuestro granero   
sobran las provisiones   
para vuestro alimento,**

**prestad alguna cosa   
con que viva este invierno   
esta triste Cigarra,   
que alegre en otro tiempo,   
nunca conoció el daño,   
nunca supo temerlo**

**No dudéis en prestarme;   
que fielmente prometo   
pagaros con ganancias,   
por el nombre que tengo.»**

**La codiciosa Hormiga   
respondió con denuedo,   
ocultando a la espalda   
las llaves del granero:   
«¡Yo prestar lo que gano   
con un trabajo inmenso!   
Dime, pues, holgazana,   
¿qué has hecho en el buen tiempo?»**

**«Yo, dijo la Cigarra,   
a todo pasajero   
cantaba alegremente,   
sin cesar ni un momento.»   
«¡Hola! ¿conque cantabas   
cuando yo andaba al remo?   
Pues ahora, que yo como,   
baila, pese a tu cuerpo.**

**El zagal y el lobo**

**Felix Samaniego**

**Apacentando un Joven su ganado,   
gritó desde la cima de un collado:   
«¡Favor!, que viene el lobo, labradores.»   
Estos, abandonando sus labores,   
acuden prontamente,   
y hallan que es una chanza solamente.   
Vuelve a clamar, y temen la desgracia;   
segunda vez los burla. ¡Linda gracia!**

**Pero ¿qué sucedió la vez tercera?   
Que vino en realidad la hambrienta fiera.**

**Entonces el Zagal se desgañita,   
y por más que patea, llora y grita,   
no se mueve la gente escarmentada,   
y el lobo le devora la manada.   
  
¡Cuántas veces resulta de un engaño, contra el engañador el mayor daño!**

**Tomas de Iriarte**

**El mono y el titiritero**

**El fidedigno padre Valdecebro,   
que en discurrir historias de animales   
se calentó el celebro,   
pintándolos con pelos y señales;   
que, en estilo encumbrado y elocuente,  
del unicornio cuenta maravillas,   
y el ave fénix cree a pie juntillas,   
(no tengo bien presente   
si es en el libro octavo u en el nono),   
refiere el caso de un famoso mono.**

**Éste, pues, que era diestro   
en mil habilidades, y servía   
a un gran titiritero, quiso un día,   
mientras estaba ausente su maestro,   
convidar diferentes animales,  
de aquellos más amigos,   
a que fuesen testigos   
de todas sus monadas principales.   
Empezó por hacer la mortecina;   
después, bailó en la cuerda a la arlequina,  
con el salto mortal y la campana;   
luego, el despeñadero,   
la espatarrada, vueltas de carnero,   
y al fin el ejercicio a la prusiana.   
De estas y de otras gracias hizo alarde**

**.  
Mas lo mejor faltaba todavía,   
pues, imitando lo que su amo hacía,   
ofrecerles pensó, porque la tarde   
completa fuese y la función amena,   
de la linterna mágica una escena.  
Luego que la atención del auditorio   
con un preparatorio   
exordio concilió, según es uso,   
detrás de aquella máquina se puso;   
y durante el manejo  
de los vidrios pintados,   
fáciles de mover a todos lados,   
las diversas figuras   
iba explicando con locuaz despejo.   
Estaba el cuarto a oscuras,  
cual se requiere en casos semejantes;   
y aunque los circunstantes   
observaban atentos,   
ninguno ver podía los portentos   
que con tanta parola y grave tono  
les anunciaba el ingenioso mono.**

**Todos se confundían, sospechando   
que aquello era burlarse de la gente.   
Estaba el mono ya corrido, cuando   
entró maese Pedro de repente,  
e informado del lance, entre severo   
y risueño, le dijo: «¡Majadero!,   
¿de qué sirve tu charla sempiterna,   
si tienes apagada la linterna?»**

**Perdonadme, sutiles y altas Musas,  
las que hacéis vanidad de ser confusas:   
¿os puedo yo decir con mejor modo  
que sin la claridad os falta todo**?

**El erudito y el raton**

**Tomas de Iriarte**

**En el cuarto de un célebre erudito   
se hospedaba un ratón, ¡ratón maldito!,   
que no se alimentaba de otra cosa   
que de roerle siempre verso y prosa.   
Ni de un gatazo el vigilante celo  
pudo llegarle al pelo,   
ni extrañas invenciones   
de varias e ingeniosas ratoneras,   
o el rejalgar en dulces confecciones,   
curar lograron su incesante anhelo  
de registrar las doctas papeleras,   
y acribillar las páginas enteras.**

**Quiso luego la trampa   
que el perseguido autor diese a la estampa   
sus obras de elocuencia y poesía;   
y aquel bicho travieso,   
si antes lo manuscrito le roía,   
mucho mejor roía ya lo impreso.   
«¡Qué desgracia la mía!   
-el literato exclama-. Ya estoy harto  
de escribir para gente roedora;   
y por no verme en esto, desde ahora   
papel blanco no más habrá en mi cuarto.   
Yo haré que este desorden se corrija...»   
Pero sí: la traidora sabandija,  
tan hecha a malas mañas, igualmente   
en el blanco papel hincaba el diente.**

**El autor, aburrido,   
echa en la tinta dosis competente   
de solimán molido. 30   
Escribe (yo no sé si en prosa o verso);   
devora, pues, el animal perverso,   
y revienta, por fin... «¡Feliz receta!   
-dijo entonces el crítico poeta-.   
Quien tanto roe, mire no le escriba  
con un poco de tinta corrosiva».**

**Bien hace quien su crítica modera;   
pero usarla conviene más severa   
contra censura injusta y ofensiva,   
cuando no hablar con sincero denuedo  
poca razón arguye, o mucho miedo**